



TURCO
MI PERRO

Acabo de llegar del campo de dejar a Turco. Se ha quedado tranquilo, echado en el lugar que a él le gusta, al lado de la cancela de la entrada, a la sombra de la perrera.

Lo traje a Sevilla hace tres días para que lo vieran en una clínica veterinaria, pues en el último mes y medio había perdido mucho peso. Al principio pensé que podía ser debido a que hacía algún tiempo le había cambiado el pienso a todos los perros. Pero todos estaban bien, excepto él.

Está excesivamente delgado. Pesa 54 Kg., cuando su peso normal es de 62 Kg. La primera noche que pasó en casa fue buena, aunque observé que respiraba muy forzado.

A la mañana siguiente, en la clínica le hicieron la prueba de la Piroplasmosis, que transmite la garrapata y otra que transmite el mosquito. Ambas dieron negativas. Le sacaron sangre para analizar y me lo traje a casa.

En casa no quiso comer. Por la tarde me llamaron de la clínica dándome los resultados del análisis. Se detectaba un nivel bajísimo de los glóbulos rojos, aunque de corazón, hígado y riñón estaba bien. Me recomendó el veterinario que lo llevara nuevamente para ponerle suero y realizarle un estudio radiológico del estómago, por si se hubiese tragado algún objeto extraño.

Así lo hice. Lo tuve que dejar internado esa noche con un bote de suero puesto para que al día siguiente le comenzaran a realizar las pruebas radiográficas, para lo que le debían dar una papilla que facilitara el contraste. Quedaron en llamarme cuando tuvieran los resultados.



A la mañana siguiente me acerqué a verlo. Estaba muy triste. Le habían puesto tres botes de suero canalizándole una vena del antebrazo y habían comenzado a darle la papilla.

Por la tarde, como no llamaban, nos acercamos a la clínica mi mujer Chiqui, mi hija Cristina y Yo. Nos recibió la veterinaria con Turco echado a su lado y sumamente triste y desmejorado. Le habían realizado ocho radiografías a intervalos de una hora. Comenzó a enseñárnoslas ratificando que en el estómago se veía una obstrucción muy fuerte, pero que lo más importante estaba en el tórax, dónde se veían los pulmones con líquido y unas sombras que se deberían de explorar mediante una resonancia magnética.

Así se hizo y se confirmó después de una punción, que los pulmones están llenos de sangre. Tiene una metástasis y se encuentra en fase terminal. Me recomendó que si seguía sin comer, lo mejor sería sacrificarlo.

Lo subimos al coche con la ayuda de un enfermero y nos lo trajimos a casa. Lo dejamos en el jardín, donde todos intentamos que comiera algo, sin

conseguirlo. Lo único que hizo fue beberse medio cubo de agua, el cual vomitó al poco tiempo. Estaba muy débil y a media noche lo dejamos solo y nos fuimos a acostar.

Me levanté esta mañana muy temprano, pensando en lo peor. Pero al bajar al jardín me recibió con más alegría que en días anteriores. Me lancé a darle medio rollo de carne el cual se comió a duras penas.

Pensando que en el campo moriría mejor que en casa, me lo llevé esta mañana. Anoche, al ver su estado, pensaba que hoy lo sacrificaría cuando llegara al campo, pero al comprobar que está algo mas alegre, no he tenido fuerza para avisar a veterinario, así que lo he dejado allí, tranquilo, junto a Jerez, un bodeguero, Gandul, un mastín español y Trasto, un perro de reala.



Le he dejado dicho a Enrique, el encargado, que cuando vea que empeora si lo ve sufrir, avise al veterinario para que lo sacrifique y lo entierre junto a Bandi y Zagala, dos mastines españoles que tuve que sacrificar hace años por lo mismo, debajo del almendro que hay frente a la casa, entre las adelfas.



Esta mañana no pensaba volver por el campo hasta que no muriese. No lo quería ver sufrir. Pero ahora creo que él, que siempre me ha seguido a todas partes, estará mas a gusto pasando sus últimas horas conmigo. Así que ahora me vuelvo para el campo para estar con él.

Acabo de llegar al campo. Han salido a recibirme Trasto, Gandul y Jerez. Al no verlo he pensado lo peor, por lo que he abierto la cancela y he entrado corriendo. Lo he estado llamando. No está dentro de ninguna perrera. No lo veo tampoco por el campo. Lo sigo llamando. Al fin lo veo. Está echado al lado de su caseta. Con el nerviosismo ni lo había visto. No se ha movido. Me acerco, le hablo lo acaricio y ni siquiera mueve la cola.



Ha sido la primera vez que he llegado y no ha salido a recibirme. Antes, si tardaba en abrir la cancela porque me entretenía bajando las cosas del coche o hablando con Enrique, saltaba la alambrada y salía a verme.

He regado la entrada y la parte de delante de la cochera para que se tienda allí y esté fresquito. Yo me he situado en la misma puerta de la cochera, dónde estoy escribiendo. Ha venido, lo he acariciado, pero se ha marchado.

Está situado en la cancela de la entrada, donde a él le gusta. Así que lo he desmontado todo y me he ido tras él. Ahora soy yo el que lo sigo a él.

Lo veo echado de lado, con una respiración muy forzada.

¡Que poco lo he disfrutado!

Me lo regalaron en Diciembre de 2002. Todo surgió porque un mastín que tenía, Ron, hijo de Bandi y Zagala, me había desaparecido y necesitaba otro perro. Seguramente se lo habría llevado una reala de las que montean en invierno por aquí.



Así que se lo comenté a un amigo que está muy metido en la cría de perros y le dije que si me podía conseguir un mastín se lo agradecería.

A los pocos días me llamó, diciéndome que me podía conseguir un Dogo de Burdeos de unos tres años, que era de un cliente de un hermano suyo que se dedicaba a educar perros. Se desprendía de él, según decía, por que no lo podía atender al viajar mucho y tenerlo en un piso. Como le dije que no conocía la raza, me explicó que era como un bóxer, pero tres veces mas grande. Le pedí que me dejara verlo en Internet y que le contestaría al día siguiente.

Esa misma noche entramos en Internet las niñas y yo y vimos qué clase de perro era. Al ver el tamaño y la cara chata, agresiva y pensando que era ya adulto, nos dio miedo y así se lo hice saber al día siguiente. Me contestó que su hermano lo había educado y que tenía buen carácter. Que tenía muy buenos orígenes aunque era un poco grande para lo normal de la raza.



Por lo feo que era, era bonito. Así que le dije que bueno, que me quedaría con él siempre que él me acompañara al campo a llevarlo, pues a mi me daba miedo ir sólo con el perro en el coche no me fuese a hacer algo y provocar un accidente.

Así quedamos y al día siguiente se presentó en casa con Turco. Era espectacular. Pesaba 62 Kg. El pelo como de visón, corto, totalmente limpio. El, acostumbrado a tratar con perros, lo traía con la cadena, a su lado izquierdo y nos improvisó una demostración de la educación que tenía, girando hacia un lado y hacia otro, con el perro siempre a la izquierda y no dejándole tirar del collar. Se paraba, le decía "sit" y el perro inmediatamente se sentaba, luego le decía "plast" y el perro se tendía.

Cuando le quitó la cadena el perro se vino directo para nosotros. Mi mujer y las niñas se metieron corriendo en casa y yo me quedé petrificado pensando en que al menos me dejaría sin mano cuando lo fuera a acariciar para tranquilizarlo. Pero no fue así. Me olió, lo toqué con suma delicadeza y cuidado y salí ileso de nuestro primer encuentro.



Eso me dio confianza, por lo que llamé a mi mujer y a las niñas nuevamente, para que me vieran como yo lo sujetaba con la cadena. Al ser el mes de Diciembre mi suegra estaba también en casa pero ella no se atrevió mas que a verlo a través de la ventana del dormitorio del primer piso.

Cuando ya le había demostrado a toda mi familia lo bueno que era Turco, al dejarse acariciar el culo, pues era lo mas alejado de la boca que le podía acariciar, le abrimos la portezuela de atrás del Toyota y de un salto, sin que nadie le dijera nada, se metió en el coche.



Le acabo de dar de cenar. Se ha tomado cuatro huevos duros, que había hecho para el gazpacho que me he traído para estos días, un paquete de salchichas y un cuarto de rollo de carne. Creo que está bien. Pero ha cenado y se ha ido. No consigo que se quede conmigo. Está echado en la arena de la pista de doma.

Vinimos con Turco al campo, mi amigo con su mujer, mi hija Cristina y yo. Al llegar, le abrimos la portezuela, mi amigo lo cogió con la correa para que oliera a Gandul y a Trasto y después entramos por la cancela, dejándolo suelto. En ese momento y procedente de la huerta venia Emilio, que era un hombre ya jubilado, que me cuidaba las yeguas. Cuando Turco lo vio, salió corriendo hacia él y Emilio se quedó como petrificado. Yo le gritaba, -¡no hace nada, no hace

nada!-, pero Emilio al verlo llegar corriendo, moviéndosele los carrillos y dejándosele ver los dientes, perdió el habla.

Turco lo olió, dio media vuelta y volvió corriendo hacia nosotros donde llegó al momento. Al cabo de un rato después llegó Emilio y lo primero que dijo fue: -A mi no me gustan nada estos perros-.

Yo le dije, -pero si no hace nada, se llama Turco y además está enseñado, mira, "sit", "plast"- y Turco se sentó y tendió obedientemente.

-¿Cómo dice usted que se llama?- dijo cuando se recuperó un poco.

-Turco- le contesté.

-¿Zurco?-

- No, Turco. -

De poco valió la aclaración pues él no pasó de llamarlo siempre, - ¡Eh, eh perro! -.

Por supuesto de "Sit" y "Plast" nada de nada, por lo que él decía que el perro no le obedecía.

No nos entretuvimos mucho más. Dejamos a Turco atado con una cadena de tres metros en la caseta de fuera y a Gandul y Trasto dentro, con el fin de que no se pelearan y nos volvimos para Sevilla.



Al día siguiente me desperté muy temprano, con la preocupación de que Turco podría haberse soltado e ido por la carretera, donde podría provocar un accidente. Así que desayuné y me vine para el campo.

En esas fechas había en el campo una cuadrilla de seis hombres que me estaban arreglando la pared de piedra de la huerta. Cuando llegué me los encontré, junto con Emilio, rodeando una candela que habían hecho para calentarse y Turco, que efectivamente se había soltado al romper el mosquetón que fijaba la cadena al suelo, corriendo alrededor de ellos, arrastrando la cadena de tres metros y queriéndose arrimar a la candela, donde ellos no lo dejaban acercarse al pensar que les quería hacer algo.

Les dije – pero, ¿por que no atan al perro?-

- Cualquiera lo coge- contesto uno
- Si nos tiene rodeado- dijo otro.

Yo armándome de valor le dije, -Turco ven aquí-



Turco al oír su nombre por vez primera ese día, vino hacia mi al momento, como una flecha, pero yo sin dejar que se me acercara, no fuera a dejar a mi mujer viuda tan joven, le dije –“Sit”, “Plast”_ por lo que Turco se sentó y luego se echó a cinco metros mío. Yo con mucho cuidado cogí la cadena de tres metros por la punta y como no tenía mosquetón la amarré a la argolla de la caseta diciéndoles a todos. -¿Ven? Si está enseñado.-

Son las 12,30 de la noche. Turco sigue echado en la pista de doma. Me he metido en la casa, pues los mosquitos me están breando. Antes he ido a verlo. Lo he acariciado, le he hablado, pero ni siquiera ha movido el rabo. Hace tan sólo quince días estaba a mi lado, empujándome para que lo acariciara. ¡Cómo se va consumiendo!

Turco siempre ha sido muy llorón. El mes de Enero de 2003, como todos los meses de enero, fue muy frío. Yo cuando llagaba al campo lo soltaba y me quedaba acariciándolo, pero después me metía en la casa con la chimenea encendida. El se quedaba fuera, en la puerta y comenzaba a llorar y gimotear para que lo dejase entrar.



Como yo quería ganarme su cariño y confianza un día lo dejé entrar después de almorzarme una buena lata de fabada “El Litoral” con media botella de “tintorro”. Llegó y se sentó frente a mí.

Con el calor de la chimenea y la digestión, empezó a entrarme sueño. Los ojos se me cerraban, pero Turco sentado frente a mí no pestañeaba, mirándome fijamente y totalmente inmóvil. Yo pensé –En el momento que me quede dormido me devora- Pero como la digestión era tan pesada, el sueño me rendía tanto que me iba escurriendo en el sofá, hasta tal punto que llegó el momento que Turco, sentado, era mucho más alto que yo en el sofá.



Ese día ya me confié con él, al comprobar que había salido ileso de la siesta con lo fácil que había tenido el tirásemme a la yugular.

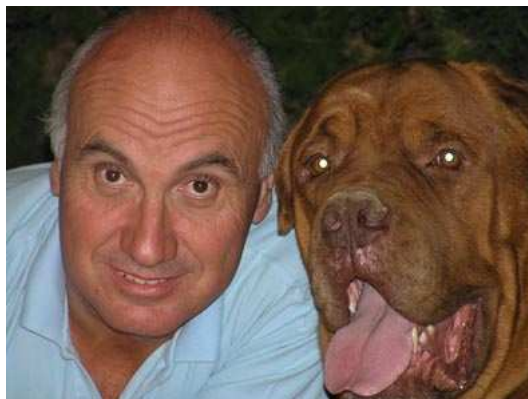
El que me mirara tan fijamente me tenía preocupado. Un día se lo comenté al amigo que me lo regaló y me dijo –eso es que te ha aceptado como amo-. Desde ese momento me encanta su mirada fija y obsesiva.

Cada día que pasaba estaba más a gusto con él. Me lo llevaba por el campo, dónde quisiera que yo fuera y jamás se separaba de mi lado. Venía al Majadal Alto con Trasto y conmigo. Trasto persigue a todas las ciervas que ve y de hecho ya ha matado a varias. Turco lo veía correr detrás de ellas y ni se

inmutaba. De hecho en mas de una ocasión las ciervas en su huida, pasaban a nuestro lado y Turco lo único que hacia era seguirlas con la mirada.

Cuando iba al pueblo me gustaba mucho llevarlo en el Toyota y echar gasolina, pues me bajaba del coche y él desde dentro me seguía con la vista donde quisiera que yo fuese.

Creo que me inventaba los sitios dónde ir, como la ferretería, el polvero, la farmacia, a fin de dejarlo solo en el coche y comprobar cómo me seguía con la vista sin quitarme el ojo de encima.



Dejé de comer en el campo y me iba a comer al pueblo al restaurante Aurelio, para que todo el mundo lo viera. Me sentaba fuera, en una mesa al lado de la puerta de tal forma que todo el que entraba en el restaurante pasaba a nuestro lado. A mi me servían allí fuera, pues con el perro no podía entrar en el comedor. Pero eso era lo que yo quería, que la gente nos viera al entrar y al salir. Turco se echaba a mi lado y no se movía ya entrase o saliese cualquier persona del restaurante.

Se podía comer perfectamente en su presencia. El jamás te molestaba pidiéndote algo. Se echaba a tu lado y ya está.

Nadie pasaba indiferente cerca de su lado. Cuando lo veían, unos se asustaban y yo los tranquilizaba diciéndoles – no hace nada- a la vez que lo acariciaba. Ya a estas alturas lo acariciaba por cualquier sitio, no en el culo. Incluso le daba palmadas en el cachete, junto a la boca.

Otros me preguntaban su nombre, raza o edad.

Alguien me preguntó una vez:
-¿Cuántos poyos se come este al día?-
-Unos cuantos- le contesté yo.

Otro me preguntó de qué raza era, a lo que yo le dije con cierto orgullo--es un Dogo de Burdeos-
-Me cago en la mar - contesto él – y yo con mi chucho de Santa Olalla-



El camarero hacia filigranas para servirme sin pasar por su lado

Otros me preguntaban si lo podían acariciar. Yo, como con indiferencia, les contestaba que por dónde ellos quisieran.

Cuando alguien me decía -¿muerde?-, yo siempre respondía lo mismo – sí, pero los bocados son muy pequeños.-

Un día me di cuenta que el perro empezaba a ser muy conocido en el pueblo, así que dejé de llevarlo, pues ya en dos ocasiones me habían robado unas galgas, Morita y Bonita. No creo que nadie se hubiese atrevido a llevarse a Turco sin conocerlo, pero por si acaso dejé de ir a Santa Olalla con él.

Turco, sin saberlo él, cumplía perfectamente su misión de perro de guardia. Se echaba al lado de la cancela y cuando alguien llegaba, se incorporaba y lo miraba. No daba un solo ladrido, pero la persona que fuese, al verlo, no se atrevía a entrar y empezaba a dar voces llamándome.



Cuando yo acudía siempre me encontraba con la misma escena. Turco mirando al recién llegado y moviendo el rabo y el otro, desde el otro lado de la cancela, con la cara desencajada, diciéndome: -¡Ate usted al perro!- y como sólo les miraban la cabeza, no se daban cuenta que Turco estaba moviendo el rabo, esperando sólo que lo acariciaran.

Yo, que no quería que cogieran confianza con él, para que no perdiera su estatus de perro guardián, les decía: -no se arrime usted. Espere que ahora mismo lo ato- y mientras lo hacia le decía a Turco por lo bajini –por lo menos podrías gruñir un poco, ¿no?-

Cada día que pasaba, Turco me sorprendía más por el afecto y que me demostraba y lo obediente que era. Yo estaba acostumbrado a los mastines que son muy buenos guardianes pero muy independientes. Lo más que aceptaban eran una palmada en el lomo y luego se iban y por supuesto nada de juegos. No me acompañaban a ningún sitio. Si los llamaba, solían acudir, aunque a veces me ignoraban.



Turco con sus 62 Kg., tiene el carácter de un perro faldero. Si te ve sentado viene a tu lado para que lo acariciase y si le haces poco caso, o no lo acaricias con la atención que él cree que se merece, te empuja hasta el punto de hacerte perder el equilibrio y tirarte, si no le riñes antes.

Por esta época aún no había hecho la obra de restauración de la casa, así que lo solía dejar entrar en ella. De otro modo se ponía en la puerta a llorisquear y no paraba hasta que no lo conseguía.

Cuando yo llegaba al campo, me recibía siempre en la cancela, aullando o haciendo algún ruido entre aullido y lloro. Ladraba muy poco y siempre a otros perros ... o a mí. Era gracioso, pues cuando yo llegaba y me ponía a hablar con Emilio, para que me diera las novedades, Turco se ponía a mi lado y me ladraba como reclamando mi atención.

Chiqui, mi mujer, y las niñas venían poco por el campo en esa época, pues meses atrás se había encontrado un ratón muerto en la cocina y dijo que ya no vendría más. Cuando volvía a Sevilla, le contaba estas cosas de Turco. Ella me respondía que estaba tan contento con el perro porque era el único que me obedecía en la casa.

Aunque me lo dijera medio en broma, creo que tenía gran parte de razón. Nunca nadie me había seguido con una fe tan ciega.

Me voy a la cama, pero antes voy a salir a verlo. No se ha movido. Le he hablado, lo he acariciado y me he ido.

Son las siete de la mañana. He dormido fatal, como siempre que me quedo sólo en el campo. Ahora pienso que en el momento que él falte no voy a ser capaz de quedarme aquí a dormir, pues hasta ahora me ha dado una confianza tremenda el saber que él estaba echado en la puerta de la casa.



He salido fuera de la casa. Me estaban esperando Jerez y Gandul. Jerez ha saltado cuarenta veces alrededor mía y Gandul se ha tirado con las patas por alto. Turco seguía echado en la pista de doma. Me he acercado y se ha incorporado sentándose.

Es tremendo el comprobar cómo la cara de un perro demuestra su estado de ánimo. Se le ve sumamente triste. Aunque sus ojos me miran fijamente, están apagados. Creo que él también se da cuenta de mi preocupación. Le he ayudado a levantarse y lo he metido en la casa conmigo.



Ahora lo tengo a mi lado, con la respiración irregular. Hoy me voy a quedar todo el día aquí con él. No voy a montar a caballo ni a dar una vuelta por el campo. Cuando comience el calor pondré el aire acondicionado y así

estará fresquito, pues Enrique me ha comentado que ayer lo pasó muy mal a la hora del calor.

Que impotencia da el enfrentarse a una situación como esta. Sé que no hay marcha atrás y eso me desespera. Tampoco sé lo que debo hacer. No tengo fuerzas para llamar al veterinario, al menos por ahora. Estoy dispuesto a pasar con él todo el tiempo que le quede.

Durante estos pocos años que lo he disfrutado, él siguiéndome a mí, me ha enseñado a seguirle ahora a él.

Pienso que no volveré a tener otro perro al que me una tanto. Por ley de vida ellos viven menos que nosotros y así, somos nosotros los que tenemos que pasar por el dolor de despedirlos. Mientras más satisfacciones nos dan en vida, mas dolor nos causan después. Y ahora Turco me está arrebatando todas las alegrías que me dio, una a una.

No, no es justo lo que estoy diciendo. El no me está quitando nada. Sigue enseñándome. En este caso la realidad de la vida. Hasta pienso que él huye de mi lado para no hacerme sufrir.

El me ha dado a mi mucho más que yo a él y eso me tiene apesadumbrado. Lo he ignorado en multitud de ocasiones. Siempre que yo estaba con los caballos, él me seguía a donde fuera.. Salía de la casa a los boxes, él detrás mía. De los boxes al guadarnés, él detrás de mí, del guadarnés al lavadero, igualmente. En cada sitio me esperaba echándose y mirándome fijamente.



Mi mujer decía que Turco tenía obsesión conmigo. Yo la mitad de las veces estaba en mis cosas y no me daba cuenta de su seguimiento y fijación. Incluso he llegado a reñirle por ello pues siempre se ponía en medio, estorbándome el paso con los caballos.

Estoy pasando por una lección tremenda. El comprobar que nunca es mucho el tiempo que pasamos junto a nuestros seres queridos. Por eso a mi me gusta tanto estar con mi mujer y mis hijas, aunque estas me digan que soy muy absorbente.



Estoy en el campo solo y estoy deseando volver a Sevilla para estar con ellas. Estoy en Sevilla y quiero volver al campo para estar con mis perros y mis caballos.

El año pasado, por estas fechas se murió Taberero. Taberero fue mi primer caballo propio. Con él disfruté muchísimo. Corriendo liebres, en la feria, acosando, de romería. Llevó a mi mujer a la feria varios años y luego enseñó a montar a mis hijas. Pero su pérdida, aunque dolorosa también, nada tiene que ver con lo que estoy pasando con Turco. Por mucho que quiera a un caballo es un afecto totalmente distinto al que se le tiene a un perro. Incluso entre estos últimos, nada tiene que ver mi unión a Turco y a los demás perros que hay en el campo.

Le veo los dos antebrazos. Los tiene muy hinchados de las canalizaciones para el suero que le pusieron en la clínica. No hace más que lamérselos. Se los voy a humedecer con un trapo mojado.

He ido a Santa Olalla a comprarle salchichas y lo he dejado dentro de casa. Al llegar estaba de pie junto a la puerta. Ahora lo tengo echado frente a mí. He puesto el aire acondicionado y está fresquito. Está esquelético. Tiene un lado de su cuerpo afeitado en un cuadrado de 40 cm de lado. Se lo hicieron en la clínica para realizarle la resonancia. He pensado sacarle una foto, pero he desistido, pues no quiero quedarme con este recuerdo. Prefiero recordarlo en plena forma y así tengo un montón de fotos suyas.

Como ya dije, Chiqui y las niñas no venían al campo por esas fechas y además en Junio del 2003 comencé la obra de restauración de la casa, por lo que el venir al campo se convertía en algo incómodo. Por eso decidí llevármelo una temporada a Sevilla, para que Chiqui y las niñas comprobaran su carácter y dejaran de decirme que me estaba volviendo tonto con el perro.



Pasaron por el mismo trance de todo el mundo que conoce a Turco por vez primera. Cuando lo vieron aparecer por casa, se murieron de miedo con su presencia. Rocío ni hoy en día es capaz de pasar por delante suya y mucho menos acariciarlo.

Cuando llegó a casa tomó posesión inmediatamente de la entrada y allí se echó al pie de la escalera. Era una alfombra. Chiqui se maravillaba de lo bueno que era y que no se moviese para nada. Sólo si lo llamabas se levantaba y acudía a ti, pero el resto del tiempo se mantenía echado con la cara entre las manos. Si yo subía o bajaba las escaleras e iba a mi cuarto, él me seguía con el oído, pero jamás subió detrás de mí. Porque yo no se lo pedí nunca, claro.



Chiqui y Cristina pronto cogieron confianza con él. A Chiqui le encantaba darle salchichas con la mano, pues Turco se las cogía con una delicadeza extrema. Era como si él supiera que si no tenía cuidado al cogerlas, le podría hacer daño con sus enormes colmillos. Era un gustazo darle de comer así y Chiqui para ganárselo lo atiborraba sin que yo lo supiera. Cuando yo llegaba con el pienso, él ni lo miraba. Yo me preocupaba por ello y se lo comentaba a Chiqui, pero esta no me decía que ya lo tenía harto de comer.

Yo lo sacaba por las mañanas y por las tardes a que hiciera caca. Jamás se hizo sus necesidades en casa. El sabía perfectamente cuando salía a esto y cuando salía de paseo. La caca siempre la hacía en sitios de tierra y en cantidades considerables. A veces el olor era tremendo. El parecía darse cuenta pues me miraba como diciéndome -¿Qué quieres que haga?-

Por las noches salíamos con él a tomar un helado o una copa por Tomares. Cuando llegábamos a la heladería, se echaba a mi lado y no se movía para nada. Era un orgullo llevarlo a tu lado y que todo el mundo lo admirase. A nadie dejaba indiferente.

Le encantaba subirse en el Toyota. Nada más que le abrías el maletero daba un salto y entraba en él.



Chiqui a estas alturas compartía ya mi admiración por Turco, al ver lo tranquilo, cariñoso, sociable y obediente que era. Decía que era así porque él sabía que era adoptado y que si no se portaba bien lo devolveríamos.

Cuando lo iba a sacar, le enseñaba la correa y él la cogía con la boca. Así me seguía hasta que se cansaba de llevarla y la soltaba. Entonces yo se la tenía que agarrar al collar y así lo llevaba a mi lado.

Cuando estaba con nosotros lo único que no soportaba era la presencia de perros desconocidos. Veía acercarse a alguno y empezaba a gruñir de forma que parecía un tractor a relantí. Hacía vibrar todo lo que se encontrara cerca suya.



Después de una semana lo traje nuevamente al campo. Le encantaba que lo duchase. A diferencia de los otros perros, que salían corriendo en cuanto me veían con la manguera, Turco venía moviendo el rabo, aunque yo lo que fuera a hacer fuese duchar un caballo.

Un día que Cristina me acompañó al campo, nos fuimos a ver el monasterio de Tentudía y nos lo llevamos. Comimos luego en un bar de Monasterio. Como siempre que íbamos con él lo hicimos en la terraza. Cerca nuestra aparcó un coche del que se bajó un matrimonio con un perrillo de raza indefinida y se dispusieron a entrar en el Restaurante pasando por nuestro lado, con el perro suelto. Ni que decir tiene que en el momento de pasar el perrillo al lado de Turco este se le abalanzó ladrándole.

Yo como había adivinado lo que iba a pasar, lo tenía bien agarrado, por lo que no llegó a tocar al perrillo. Pero este no hacía más que chillar aunque la señora lo cogió rápidamente en brazos y después de comprobar que no tenía ni un araño se lamentó de lo ocurrido diciendo:

-yo había visto al perro (como para no verlo), pero al ser esta una perrita, pensé que no le haría nada-. Yo creo que desde ese momento y debido al susto, a la chucha se le retiró el periodo de por vida.

Al campo vienen a almorzar muchos amigos. Yo siempre tengo a los perros sueltos pues sé que no hacen nada y no los ato a menos que alguien me lo pida expresamente. Además de poco me vale atarlos.

El mastín, con su indiferencia, cuando ve llegar a alguien al cual recibimos, se acerca lo huele y se va, no volviéndose ya a acercar más en todo el tiempo.



Jerez el bodeguero, después de hartarse de ladrar a quien no conoce, si este lo acaricia ya no para de saltar a su alrededor y a demás este impone poco.

Turco, aunque lo ate, tiene un cuello tan grande como la cabeza, de forma que por mucho que le apriete el collar ha aprendido a tirar y sacárselo liberándose de él.

Trasto siempre está atado fuera, a lo largo de un cable para que pueda correr. Se lleva a matar con Turco.

Un día vino al campo a almorzar un amigo mío con su mujer. Me pidió expresamente que atara a los perros. Así lo hice. Cuando se fijó en Turco no pudo por menos que comentar su impresión ante él. Yo para suavizar el encuentro, comenté: - si lo único que quiere es que lo acaricies. Lo más que puede hacerte es llenarte de babas cuando se te acerque- a lo que mi amigo contestó, -Manolo, a demás de miedo vas a conseguir que el perro me de asco.- Entendí que el miedo que Turco le producía era insuperable por lo que se pasó atado todo el tiempo que mi amigo pasó con nosotros.



Le acabo de dar los cuatro paquetes de salchichas que le he traído del pueblo y se los ha tomado. Esta tarde les traeré más. Ahora lo tengo echado completamente a mi lado y durmiendo.

A pesar de lo bueno y cariñoso que es un día hizo algo que le costó el no acompañarme nunca más por el campo cuando yo salía a dar una vuelta.

Resulta que un día que andaba repasando a las yeguas y que él venía conmigo, como siempre hasta entonces, vi que una de ellas, Intrépida, acababa de parir un potrillo.

Pues bien, me acerque al potro que aún estaba echado y aproveché para realizar sobre él una técnica que se conoce con el nombre de "Imprinting" y que consiste en tocarle, a las pocas horas de haber nacido, todo el cuerpo.



Durante las primeras horas de vida, el potro asimila todo contacto que tenga con él. Así, si le tocas repetidamente el lomo, luego se dejará poner la montura sin problemas, si le desensibilizas y golpeas suavemente los cascos, luego se dejará herrar bien, si le metes el dedo por la boca, luego aceptará bien la embocadura y así todo.

Pues bien, con el potro tendido empecé a acariciarlo por todas partes. Cuando Turco me vio hacerlo, empezó a ladrar, yo no sé si a mí o al potrillo y a quererse acercar a nosotros. Yo se lo impedía, riñéndole y alejándolo, pero él insistía en acercarse mientras yo estaba tocando al potrillo.

Terminé el "Imprinting" y nos volvimos a la casa. Aquí estuve un rato hasta que llegó la hora de volverme para Sevilla. Como siempre, dejé a los perros cada uno en su sitio, cogí el coche y me fui.

Al día siguiente, cuando Emilio llegó al campo y repasó a las yeguas, vio que un potro estaba muerto a base de bocados. En el pueblo le dijo un hombre, que él al pasar en coche por la carretera había visto a un perro muy grande y cabezón correr detrás de un potro.

No me cabe duda que fue Turco, que por celos esperó a que yo me marchara, saltó cuatro alambradas y fue en busca del potro hasta que terminó con él.

Desde ese día ya no me acompañó más por el campo. Al principio quería seguirme como siempre, pero yo le reñía, lo dejaba en la huerta y al poco tiempo ya no hacía nada por seguirme cuando yo me iba por ahí.

Hace mucho tiempo que le perdoné su ataque de celos, pero el castigo no se lo pude levantar por miedo a que lo volviera a hacer en cualquier otro momento. Como dice el refrán "quien hace un cesto, hace cientos".

Chiqui, conociendo la obsesión que el perro tenía conmigo y tras lo sucedido, me pedía que no la tocara en presencia suya. Aunque esto yo lo consideraba excesivo, lo que sí tenía cuidado, era que si al campo venía alguien con niños chicos, yo, a estos no los tocaba ni jugaba con ellos en presencia de Turco.



Jamás pasó nada con ningún niño... o quizás sí.

Un día que mi hermana Luchy vino con toda su familia, incluido nietos y consuegros canarios al campo, llegó la hora de la merienda de los niños y a todos se les proveyó de un bocadillo de algún embutido. El mas pequeño era Alfonsillo, el hijo de mi sobrino Fidel, que al poco tiempo de salir de casa con su merienda volvió llorando porque Turco había llegado y con la delicadeza que lo caracteriza siempre que come de la mano de alguien, le había arrebatado su bocadillo y se lo estaba comiendo.



Me imagino el susto que tuvo que pasar el pobre chiquillo cuando se vio acercar una cabeza el doble que la suya, que desde arriba se inclinó hasta su mano arrebatándole con gran suavidad su merienda.

Acabo de almorzar y en breve dormiré la siesta. Turco no se ha movido. Sigue echado a mi lado. ¡Que diferencia con los primeros días de conocernos!. Antes me daba miedo quedarme dormido en su presencia y ahora me da una tranquilidad tremenda el saber que él está a mi lado. Tanto es así que pienso que cuando él me falte, no voy a ser capaz de quedarme a dormir en el campo. Ya veremos.

Muy pocas veces le he reñido y ahora me doy cuenta que siempre ha sido por el mismo motivo y siempre he sido injusto con él al hacerlo. Turco tiene muchísimas babas. Obsesivamente quería que todo el mundo lo acariciara y al pedirlo, empujaba con la cabeza, dejándote todas las babas en la ropa. Yo se lo permitía en muchas ocasiones, cuando iba con pantalones vaqueros, pero si iba con otros pantalones y me lo hacia, le reñía diciéndole, -Turco déjame. ¡Vete!- y el salía disparado a su caseta, metiéndose en el fondo de ella y enrollándose allí, sin salir hasta que lo volvía a llamar.



¡Cómo he podido ser tan torpe y pretender que él diferenciara cuándo me podía demandar una caricia y cuándo no!

El verano pasado me di cuenta que Turco no conocía el mar. Así que vine por él al campo y al día siguiente nos fuimos todos a Matalascañas. Bueno Rocío no, pues seguía sin superar el miedo terrorífico que le infundía. Ha sido una pena, pues si hubiese conocido a Turco habría disfrutado un montón con él al compartir ambos un carácter tan alegre.

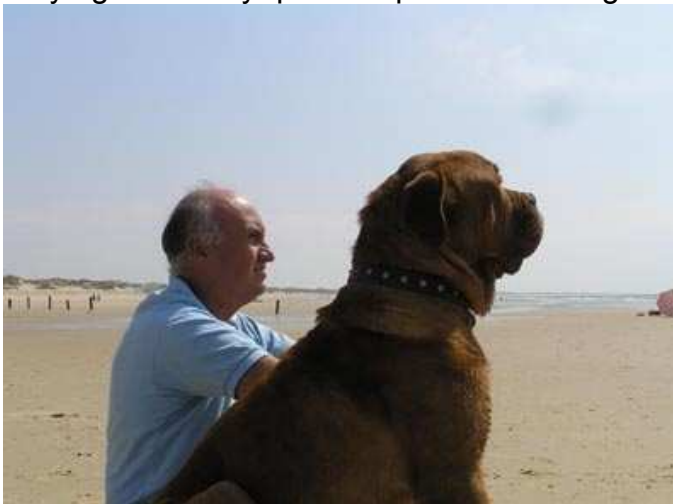
Pasamos un día estupendo. No llegó a bañarse porque yo no lo hice, pues estoy seguro que él me hubiese seguido dentro del agua.

Me acerqué al kiosco a comprar bebidas y él se quedó con Chiqui y Cristina, pero siguiéndome con la vista todo el tiempo que estuve fuera. No me perdió de vista un segundo. Lo que Chiqui dice, que tiene obsesión conmigo. Desde luego yo nunca antes había tenido un perro así y he tenido muchos.



Desgraciadamente el final de este relato ya está escrito. No ha llegado, pero nadie lo puede cambiar. Y lo que más me duele es pensar que estoy en deuda con él. No se a estas alturas como le puedo pagar todo lo que me ha dado y veo que se me va sin que yo le pueda transmitir de una forma entendible para él mi agradecimiento.

Por eso quiero, que al menos las personas que lean esto, sepan que le estoy muy agradecido y que siempre diré con orgullo que **Turco ha sido mi perro.**



NOTA: A Turco lo sacrificué el 30 de Julio de 2006. El veterinario lo durmió en mis brazos. No sufrió nada. Está enterrado debajo del almendro entre las adelfas.